

SAMA. Parte II. LA CUENTA PENDIENTE.

Ya hace mucho tiempo, exactamente un año, seis meses y dieciocho días, de que la losa vertical del Leyva hizo mella en nuestros corazones. Amargamente tuvimos que abandonar su escalada por causas imprevistas, pero hoy hemos vuelto aquí para curar nuestras heridas y saldar la cuenta pendiente.

Desde aquel 8 del II del 98 muchas cosas han cambiado, sobre todo nosotros, ya que la pared no es susceptible de grandes cambios. Lamentablemente ya no somos aquellos jóvenes entusiastas que todos los fines de semana tenían una cita con la montaña, nos hemos vuelto holgazanes, vagos, cómodos y viejos. Exceptuando la gran ascensión al no menos grande Aneto (no en vano es el pico más alto de toda la cordillera pirenaica y tras el Mulhacén el segundo en altura de la Península con sus 3.404 m.), se puede decir que hemos estado inactivos, hemos dejado de lado la montaña a cambio de nada, no tenemos perdón alguno. La única forma de enmendar nuestra falta es volver a nuestros orígenes y no hay lugar más indicado para hacerlo que el Valle de Leyva, puesto que allí empezó todo de alguna manera.

Hemos vuelto de la única forma admisible, a lo grande, a la antigua y con espíritu renovado. Después de la noche de marcha en las fiestas patronales de Torres de Cotillas, ya de madrugada, cogemos los apechusques y a dormir a la Sierra. Aunque nos encontramos con un obstáculo en El Berro, allí también son las fiestas patronales y como aventureros que somos y por ende amantes de lo desconocido nos adentramos en las fiestas para poder conocer desde dentro esta gran manifestación cultural. Y como corresponde después de una noche de marcha, a dormir al albergue que también ha cambiado, la pista forestal que servía para su acceso e igualmente para acceder a La Perdiz ha sido asfaltada, han puesto cadenas para no subir con el coche hasta el mismo albergue, pero nadie impedirá que durmamos bajo sus balcones como tantas y tantas veces lo hemos hecho aunque esta vez estemos solos, no hay ningún otro montañero que pernocte aquí como sucedía no hará mucho tiempo.

Habiendo dormido escasamente tres horas como cuando trasnochábamos en nuestros tiempos mozos, nos levantamos y nos lavamos la cara para despejarnos en la típica fuente de La Perdiz, acto seguido a desayunar allí mientras se puede contemplar todo el valle, y al fondo el sol en sus albores. Ya casi había olvidado el placer que siento hasta en el último nervio de mi cuerpo al estar aquí sentado desayunando, divisando el paisaje y olfateando el pino fresco y el monte bajo bañados por el rocío mañanero. Embrujado por esta aura envolvente de la Sierra cogemos mi Citroën C-15 “se lo carga todo” y nos encaminamos por el Valle de Leyva que también ha sufrido cambios. La antigua maltrecha pista forestal que siempre nos causaba incertidumbre en su travesía por el daño que le pudiese ocasionar a los vehículos, aunque la C-15 ya se sabe ..., ha sido del todo aplanada y restaurada, un trabajo de chinos a ciencia cierta. Pero no todo acaba ahí, ya que ha sido cortada al tráfico motorizado, por haber sido el Leyva nombrado

Zona de Conservación Prioritaria, limitándose su acceso a caminantes y ciclistas de cualquier edad, sexo, raza o creencias.

Una vez llegado hasta donde nos dejan los límites de la legalidad, mientras Cano va a aliviar tensiones no sé dónde, con un rollo de papel higiénico en la mano, yo preparo y distribuyo el material de escalada meticulosamente. No nos llevamos más que lo imprescindible, ya que la mañana va a ser larga y de no utilizar un estilo liviano vamos a gastar energías tontamente y no hay muchas. El calvario comienza ya en lo que se supone el calentamiento, vamos a tardar todavía una hora andando con el material a cuestas hasta llegar a pie de vía, problema que no había antes de cortar la pista, pero así tiene un aire de marcha de aproximación a la gran pared como en todas las grandes escaladas conocidas y por conocer, esperando que la de hoy sea una de ellas.

Por fin el esperado momento, aquí estamos, frente a la pared, esta pared que me cautivó antes de venir por primera vez con el Cano. Mucho antes cuando compartía material con el Mauro y con el Choches ya mencionaba yo la posibilidad de subir por esta vía, sin duda una de las más fáciles del lugar, aunque una facilidad relativa ya que no hay que olvidar nuestra inexperiencia en escaladas clásicas de grandes paredes como ésta. Mientras descansamos después de la larga caminata y nos equipamos vuelven a mi memoria recuerdos de la primera vez, fantasmas pasados que sin duda serán un duro escollo a superar, tal vez más que la propia pared, pero en estos momentos hay que olvidar el pasado y vivir el presente. El planteamiento va a ser el mismo que la vez pasada, comenzará Cano abriendo vía y nos iremos turnando en los sucesivos largos.

Son las nueve y media de la mañana, todavía el sol no ha llegado a esta parte de la pared así que el comienzo será cómodo. Cano se calza sus nuevos pies de gato, comprados exclusivamente para la ocasión, y les da un estreno un tanto desalentador, no para sus pieses sino para la escalada. Nada más comenzar, a tres o cuatro metros del suelo, Cano se coge a un bloque de piedra y yo que estaba debajo oigo un ruido que me pone en alerta, lo había desencajado, a punto de tirarlo sobre mí, "primer aviso". Con el susto metido en el cuerpo Cano sigue progresando por un diedro evidente y fácil a la vista, hasta que llega a un punto del mismo que parece un poco más difícil, allí se detiene para estudiar el paso, y otra vez el mismo ruido que aumenta súbitamente hasta que Cano consigue desgajar de la pared un bloque macizo de caliza de aproximadamente el tamaño de un barril de cerveza sobre el que estaba parado, yo impotente e inmóvil lo veo caer por toda la pared desmenuzándose a cada golpe en trozos más pequeños e inundando todo el valle por efecto del eco de un sonido seco pero elocuente, por suerte yo estaba un poco alejado de la vertical que siguió la gran roca en su respuesta a la llamada de la gravedad, aunque su imagen pasa una y otra vez por mi cabeza, si yo hubiera estado un poco más a la derecha... Lo primero es ver el estado de Cano que en un alarde de funambulista supo mantener el equilibrio después de haber perdido su mayor punto de apoyo. Estaba tembloroso, nervioso, con cada uno de sus músculos en tensión, pero sin un rasguño gracias a su número de equilibrista circense que a buen seguro le salvó de una caída muy

parecida a la de la mole rocosa. Yo también estaba estremecido por el brusco desenlace ya que el desprendimiento y la avalancha rocosa habían pasado a escasos decímetros de mi persona. Pero una vez visto que los dos, Cano y yo, estábamos en perfecto estado físico que no psíquico, mi mayor preocupación era nuestro cordón umbilical, tenía el temor de que algún fragmento de roca hubiera caído sobre la cuerda diezmando la labor para la que fue adquirida, ya que no hace mucho por un suceso similar tuvimos que amputarle siete metros. Lo peor ya no era el estado de la cuerda en sí, sino lo que supondría para nosotros: abandonar la escalada por segunda vez. Pero Cano decía que no veía en la cuerda nada fuera de lo normal y que se fiaba de ella por lo que continuó su particular escalada, asumiendo gran compromiso en ella como es frecuente en él, teniendo en cuenta que venía un paso dificultoso, y el aviso que había pasado a ser una realidad temeraria y grosera para nuestro futuro. Y así salvando sucesivas deformaciones de la pared con pasos de saltador de tapias llegó a lo que le pareció la primera reunión, con dos clavos antiguos y un trozo de cuerda de persiana, tal vez de los pioneros.

El reencuentro con la aventura y con “la vida” había tenido un inicio explosivo, digno de nuestro evento personal que lo seguiría siendo a la vez que intenso, sin lugar a dudas. Es mi hora de seguir las huellas de mi compañero, tengo la misma tensión, el mismo nerviosismo, el mismo hormigueo por todo mi cuerpo que la primera vez. Llegado al punto del desastre ecológico donde Cano se detuvo para estudiar la roca, todavía me sigo preguntando cómo fue capaz de abrir este primer largo. La única razón que me hace subir por aquí es que mi compañero lo hizo y en peores circunstancias que las mías, y yo no voy a ser menos.

Una vez llegado a reunirme con Cano sigo la escalada un poco más arriba, hasta una repisa mucho mejor que la que ha ocupado mi compañero de cordada. Hasta allí llega él y es mi hora, la hora del gran estreno, he de abrir el segundo largo que se supone el más difícil. Me encaramo a la pared y da comienzo el espectáculo. Voy progresando por una fisura oblicua y limpia que me da muy buenas sensaciones, los clavos entran a la primera y hasta el mocho. A la grieta le siguen una serie de cazos impresionantes y la pared sigue siendo de una calidad de roca inmejorable. Por primera vez estoy escalando cómodo y sin tensiones, centrado en la escalada y disfrutando con ella. El terreno es bien fácil y coloco seguros de cuando en cuando, incluso me entretengo probando algunos puentes de roca. Esto es lo más parecido a una escalera. Pero poco a poco el cansancio se va adueñando de mí y empiezo a pagar el esfuerzo. Puntualmente llegan los primeros miedos haciéndose un lugar en mi pensamiento y sembrando dudas en el futuro incierto. A la par que me voy mermando física y psicológicamente, la escalera se va transformando en una escalera carcomida, insegura, con peldaños especialmente susceptibles de ruptura.

Así era, tristemente volvían los miedos, la inseguridad, el nerviosismo, la duda; toda una escalada plagada de incertidumbre. Una pared en mal estado, con rocas que se desprenden, sin saber donde pisar o donde agarrarse por temor al desprendimiento; distancia entre seguros más bien amplia, y la merma física y psicológica se mezclaban para dar como fruto un cocktail nada

esperanzador, casi una bomba de relojería que no se sabe el tiempo que tardaría en estallar.

Sacando fuerzas de flaqueza y plantando cara a todos los obstáculos como buenamente podía conseguí llegar a la siguiente reunión. Una vez que la hube montado y me aseguré a la misma lo que sentí fue liberación, paz interior, sosiego, calma, tranquilidad, etc. Todo esto como resultado del objetivo cumplido, pero sobre todo porque ya no tenía que angustiarme más pensando en la luminosis de la pared, en el trecho por franquear, en los esfuerzos extras, en pasos inseguros, en lo molesto de algunos arbustos punzantes; en definitiva mi trabajo como aperturista había terminado y todas estas preocupaciones pasarían al Cano, encargado de abrir el último largo y más fácil. Ya se empezaba a vislumbrar la oportunidad de alcanzar la anhelada cumbre, cumbre que ha colmado mis sueños de escalada tantas y tantas veces. Mientras Cano sube hasta aquí me repongo y me voy haciendo más a la idea de que esta ocasión puede ser la buena y además que no tengo que resolver más problemas.

Llegado una vez el segundo de cordada hasta esta reunión, para mi asombro me dice: - estoy muy cansado, sigue escalando tú -. Esta noticia me desmoralizó sobremanera, se me vino el mundo encima. Después de la falsa esperanza de alivio tenía que volver a hacerme a la idea de volver a pasar por todo lo anterior, una exigencia mental de concentración y autosuperación que no me sentía seguro de cumplir.

Descanso un poco, me mentalizo, me armo de material y no con mucha decisión me lanzo al ataque del largo decisivo. Todo el público en silencio, el tambor redoblando, y señoras y señores aquí me encuentro jugándomela con el vacío. Toda mi existencia se concentra en un momento, éste, y todo el espacio se reduce a unos cuantos metros de roca vertical, la que estoy escalando. Pero el Cano una y otra vez rompe el silencio y mi concentración, no sin buena voluntad claro. Me pregunta acerca del desarrollo de la escalada y tengo que responderle que bien, aunque no sea todo lo bien que yo quisiera dado que no soy dueño de mí mismo, todo me falla y eso me sume más en el lado oscuro del pesimismo. Llegado a un punto me detengo a pensar y a sopesar, he llegado a mi límite. Pienso en mil cosas y en ninguna a la vez. - ¿Por qué escalo?, ¿qué hago aquí tomando riesgos innecesarios?, ¿no es más cómodo el suelo firme?, ¿qué necesidad tengo de jugarme la vida?-. No sé cuál es la respuesta, pero sí cual la solución: vender el material, abandonar este deporte insano y no volver a escalar jamás de los jamases, dedicarme a deportes menos arriesgados y ajetreídos como son las damas o el parchís.

Centrado en todo menos escalar, sin control alguno de mi ser, fuere de mí mismo; una y otra vez me estrellaba en el mismo paso, no conseguía avanzar. Era consciente de que el paso era fácil, que cientos de veces he hecho otros infinitamente más complicados que éste, pero no era capaz de superarlo, había perdido toda la confianza en mis posibilidades. Ya comenzaba a pensar en bajarme, en bajarnos para siempre, en tomar la vía rápida, dos rápeles y en diez minutos en el suelo. Pero por otro lado algo me retenía allí, miraba arriba y veía que después de este paso todo era más fácil, que me

quedaba mucho por sufrir pero una vez más uno de mis sueños podía cumplirse. Si hoy no subía todo el sacrificio sería en vano, todo el camino recorrido hasta aquí, camino iniciado hace años, para nada. Estaba en el punto de inflexión, en la encrucijada, ante una de las decisiones más importantes de mi vida; ¿ser o no ser?.

Lo intento una última vez y es inútil, esto no es para mí. Pero hay momentos en la vida que un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer, y cuando ya estaba pensando en bajarme no sé qué fuerza sobrenatural me impulsó a superar aquel obstáculo de roca que pretendía hacerme la vida imposible. No sabría explicar como lo hice pero el caso era que allí estaba, hice acopio de todas mis fuerzas, me concentré al máximo en el objetivo a cumplir y destapando el frasco de las esencias saqué lo mejor de mí mismo, saqué todo el carisma, todo el afán de superación, autodeterminación, decisión, toda la fuerza interior, toda la sangre fría,... Superé aquel paso y los sucesivos, y así gradualmente me fue volviendo la confianza y la autoestima, poco a poco me di cuenta de que no sólo había superado un paso "difícil" sino que me había superado a mí mismo, había conseguido superar mis propios miedos y con ello mi límite, había rebasado el punto sin retorno, ese punto que una vez sobrepasado ya es imposible volver atrás.

El superarse a uno mismo más que a una pared es una de las metas de la escalada, y una de la más gratificantes además. Ser tu mismo el que confeccionas tu camino, depender sólo de tu persona y dar solución a los problemas que van saliendo al paso va haciendo que nos realicemos más como personas, tanto en una pared vertical como en la vida diaria. Todo esto eleva el alma y el espíritu, y te hace sentir un poco más libre, ser el dueño de tu vida.

Por primera vez en toda la escalada empecé a ver clara la cumbre, lo peor había pasado. El resto se veía coser y cantar, nada menos lejos de la realidad, porque más que una metáfora era un hecho; yo escalaba cosiendo la pared a clavos y lanzando gritos y cantos que me salían desde dentro. Todo era fruto de mi estado de ánimo, la sensación de alegría y de júbilo en estos momentos es indescriptible e irrefrenable, brota de forma espontánea, casi de forma inconsciente pero vital, como la respiración. Cada uno de esos cantos, cada uno de esos gritos, te libera y te llena a la vez, rezuman éxito y victoria, son la más fiel expresión de que estás vivo dentro de un mundo que está acabando con la vida. Cano no me veía, sólo me oía, y se preocupaba al oír los gritos, pero no tenía porque, no eran gritos de alarma ni de miedo, al contrario, eran gritos de gozo y emoción, era la forma de exteriorizar mis sentimientos.

Y realizando una corta pero expuesta travesía, terminé mi particular hazaña llegando a la reunión, cuajando la que ha sido mi mejor y más intensa escalada hasta el momento, sin duda. Aquí sentado en la reunión, cantando espero el trago de agua que yo quiero, mi compañero de aventuras, Cano, tráela consigo. El calor y los pies de gato aprietan, mientras el segundo de cordada va limpiando la vía de material a golpe de martillo. Ya juntos los dos comentamos algunos aspectos de la escalada, miramos donde nos quedamos atrapados hace un año y medio, lo que supuso la retirada, y nos preguntamos

si aún estarán allí los mosquetones que dejamos en la huida. Pero no es tiempo de mirar atrás, sino adelante; miramos con optimismo el último largo, una trepadilla de segundo grado que nos separa de la cima. Decidimos realizarlo encordados ya que, Dios no quiera, un pequeño resbalón puede hacer devenir un final oscuro. Cano realizando el último esfuerzo y tras cuatro largas horas, al fin consigue poner los pies en la ansiada cumbre, y al rato, con un grito de rabia y liberación, yo hago lo propio. Desde aquí tenemos una vista privilegiada, como privilegiados nosotros al estar aquí. Desde aquí podemos ver que hemos realizado un sueño, el sueño de escalar la Pared del Leyva. La espera, el sufrimiento y el esfuerzo han valido la pena, aquí todo cobra sentido, la mayor de las penurias se ve recompensada en momentos como éste, donde la alegría y la euforia por el objetivo cumplido no tiene límites. Es momento para gritar, cantar, saltar, celebrar, festejar, dar rienda suelta a los sentimientos y a las sensaciones, y para los románticos cómo no, es momento de dejar escapar alguna lágrima de emoción. No puedo expresar con palabras como me siento ya que habría que inventar una nueva para hacerlo, lo único que puedo decir es que esta escalada al límite, esta prueba técnica, física y psicológica ha supuesto para mí una profunda experiencia vital.

De nuevo veo cumplido uno de mis sueños más ambiciosos, lo que no significa el final, sino el principio de una nueva etapa. Ya sé de lo que soy capaz y ahora vienen otras vías y otras paredes atractivas a los ojos de un escalador. Sobre la cumbre del Leyva se cierra un libro lleno de recuerdos, de sacrificio, de esfuerzo, de ilusión, de amistad, de perseverancia, de lucha, de unión, de superación, y de tantas otras cosas que se encierran en una, **la aventura**. Este libro se cierra y otro nuevo comienza a escribirse. Y comienza a escribirse en el día en que los dioses estuvieron con nosotros y “la fuerza” nos acompañó, hasta la climatología fue clemente escondiendo al sol y dando paso a una suave brisa en el momento que Cano y yo nos fundíamos en un abrazo al pie de un abismo.

En la vida hay momentos para la tempestad y momentos para la calma. Después de la explosión de júbilo viene el momento de recoger el material y emprender el camino de vuelta. Extenuados físicamente pero con la cabeza erguida y la frente bien alta, comprendemos Cano y yo ahora más que nunca eso que dicen que bajar de una montaña puede encarecerse más que su ascensión. Es lógico, con el cansancio acumulado y cargados de material bajamos por la senda que nos lleva al camino, senda que transcurre por terrenos de pendiente elevada y que en un mal paso te puede hacer caer fácilmente y llegar rodando abajo, en no muy buen estado me atrevería a afirmar. Después de más de una hora de fatigante caminata conseguimos llegar al coche ¿sanos? y salvos. Es momento de liberarse de cargas, refrescarse, recuperarse, ponerse cómodo y recapacitar en frío. Y tras largas deliberaciones he llegado a la conclusión de que vendería mi alma al diablo por volver a tener momentos, días de gloria como éste, y que haría falta más de una vida para dedicársela a la aventura.

29 de agosto de 1999.

Jose Antonio Rodríguez Sánchez